

### CAPITULO III

#### La Francia armada

Obstáculos de la Asamblea.—La Asamblea ruega confien en ella, 23 de Julio.—Desconfianza del pueblo, temores de París, alarma de las provincias.—Complot de Brest; la corte comprometida por el embajador de Inglaterra, 27 de Julio.—Furor de los nobles y ennoblecidos; amenazas y complots.—Terror en las campiñas —El paisano toma las armas contra los bandoleros; quema las cartas feudales é incendia muchos castillos, Julio, Agosto, 1789.

Los vampiros del antiguo régimen, cuyas vidas tanto daño habían hecho á Francia, se lo causaron todavía mayor en su muerte.

Aquellas gentes que Mirabeau calificaba tan bien de «objeto del desprecio público» aparecieron como rehabilitados por el suplicio. La caída es para ellos la apoteosis. Helos convertidos en interesantes víctimas, en mártires de la monarquía; su leyenda irá aumentando con ficciones patéticas. M. Burke llega hasta canonizarlos y orar sobre su tumba.

Las violencias de París y las que simultáneamente tuvieron por escenario á las provincias colocaron á la Asamblea en una difícil situación, de la que no podía salir.

Si no hace nada parece encubrir y alentar el desorden, autorizar el asesinato, dando pretexto á las eternas calumnias. Si intentaba remediar el desorden, restaurar la autoridad, entregaba no al rey, sino á la reina y á la corte, la espada que el pueblo había colocado en sus manos.

En una ú otra hipótesis la arbitrariedad iba á ser restablecida por la vieja realeza ó por la realeza de la calle... En el mismo momento en que se derrumba la Bastilla, aquel odioso símbolo de la arbitrariedad, se alza otra Bastilla... Inglaterra se frota las manos de gozo y siente agradecimiento á la Farola de la Grève, donde el pueblo consuma sus ejecuciones: «Gracias á Dios—dice—la Bastilla no desaparecerá jamás.»

¿Qué hubierais hecho?, decidlo, oficiosos consejeros, enemigos amigos nuestros, sabios de la aristocracia europea que regáis con calumnias

el odio que plantasteis vosotros mismos... Sentados en vuestro trono sobre el cadáver de Irlanda, el de Italia y el de Polonia, respondednos si



En el mes de Mayo el hambre había sido terrible, lanzando unas poblaciones contra otras. (Pág. 176)

queréis: ¿vuestras revoluciones de intereses no han costado más sangre que nuestras revoluciones de ideas?...



¿Qué hubierais hecho? Sin duda alguna lo que la víspera del 22 de Julio y el día siguiente aconsejaban Lally Tollendal, Mounier y Malouet; querían estos, para restablecer el orden, que se devolviera el poder al rey. Lally confiaba en las virtudes del rey; Malouet pedía que se rogara al rey usara de su poderío poniendo mano fuerte sobre el poder municipal. El rey tendría ejército y el pueblo no; nada de guardia nacional... ¿Se queja el pueblo?, pues bien, que se dirija al Parlamento, al procurador general. ¿No tenemos magistrados?

Foulon era magistrado. Malouet entregaba á Foulon al tribunal de Foulon.

Se debe, decía muy bien, reprimir los desórdenes.

Sólo que era necesario entenderse, porque aquella palabra comprende muchas cosas.

Los robos y otros crímenes ordinarios, los latrocinios de gente hambrienta, los asesinatos de acaparadores, las justicias irregulares contra los enemigos del pueblo, la resistencia contra sus conspiraciones, la resistencia legal, la resistencia á mano armada... todo esto está comprendido en la palabra *desórdenes*... ¿Se quería aplicar una represión igual? Si se encargaba la autoridad real de reprimir los tumultos, el más grande para ella, seguramente, era la toma de la Bastilla, y lo hubiera castigado en seguida.

Esto respondieron Buzot y Robespierre el 20 de Julio, dos días antes de la muerte de Foulon, y esto mismo dijo Mirabeau en su periódico después de aquel suceso y antes, explicándolo á la Asamblea por su verdadera causa, la ausencia de toda autoridad en París, la impotencia de los electores que, sin representación legítima, continuaban ejerciendo las funciones municipales. Mirabeau quería que los municipios se organizaran, se posesionaran de la fuerza y se encargaran de mantener el orden. ¿Qué otro medio había, cuando el poder central se había hecho sospechoso, sino fortificar el poder local?

Barnave dice que eran precisas tres cosas: municipios bien organizados, guardias burguesas y una justicia legal que pudiera tranquilizar al pueblo.

¿Cuál sería esta justicia?

Un diputado suplente, Dufresnoy, enviado por un distrito de París, pide sesenta jurados, nombrados por los sesenta distritos. Esta proposición, apoyada por Petión, era modificada por otro diputado que quería asociar los magistrados á los jurados.

La Asamblea no decide nada. A la una de la madrugada acuerda una proclama, en la que reclamaba la persecución de los delitos de lesa patria, *reservándose indicar en la constitución el tribunal que habría de juzgarlos*... Esto era aplazar largamente el problema... Invitaba en aquella proclama á la paz, porque el rey había conquistado *más derecho que nunca á la confianza* del pueblo, porque existía un *perfecto acuerdo*, etc.

¡Confianza! ¡Si jamás hubo menos confianza!

En el momento mismo en que la Asamblea hablaba de confianza se veía bien claramente un nuevo peligro.

La Asamblea se había equivocado; el pueblo había tenido razón.

Por grande que fuese el deseo de creer que todo había concluido, el sentido común decía que el antiguo régimen vencido quería tomar la revancha. Un poder que durante muchos siglos tuvo en sus manos todas las fuerzas del país, administración, hacienda, ejércitos, tribunales, que teña aún en todas partes sus agentes, oficiales y jueces, sin cambio alguno, y sus partidarios obligados, dos ó trescientos mil nobles y sacerdotes, propietarios de la mitad ó dos tercios del reino; poder inmenso, múltiple, que llenaba Francia, ¿podía morir como un hombre, de un solo golpe? No lo hubiera creído el más inocente de los niños.

No había muerto. Había sido golpeado, herido; moralmente estaba muerto; físicamente no lo estaba. Podía resucitar... ¿Cómo volvería á aparecer? Esto era lo que el pueblo se preguntaba; esto es lo que turbaba su imaginación... El buen sentido se convirtió en esto en mil especies de supersticiones populares.

Todo el mundo iba á ver la Bastilla; todos miraban con terror la prodigiosa escala de cuerda por la que Latude descendió de las torres. La gente visitaba aquellas torres siniestras, aquellos calabozos negros, profundos, fétidos, donde el prisionero, amarrado al nivel de las alcantarillas, vivía asediado, amenazado por sapos y ratas, por todos los animales inmundos.

Bajo una escalera fueron encontrados dos esqueletos con una cadena y una pesa que sin duda arrastraba uno de aquellos desdichados. Aquellos muertos indicaban un crimen, porque nunca los prisioneros eran enterrados en la fortaleza; los llevaban por la noche al cementerio de San Pablo, la iglesia de los jesuitas (los confesores de la Bastilla), y eran enterrados allí con otros nombres; de modo que nunca se supo quiénes morían y quiénes quedaban vivos. Aquellos dos esqueletos recibieron de los obreros que los encontraron, la única reparación que éstos podían darles; doce de ellos, armados con sus herramientas, los condujeron á la parroquia y allí los inhumaron respetuosamente.

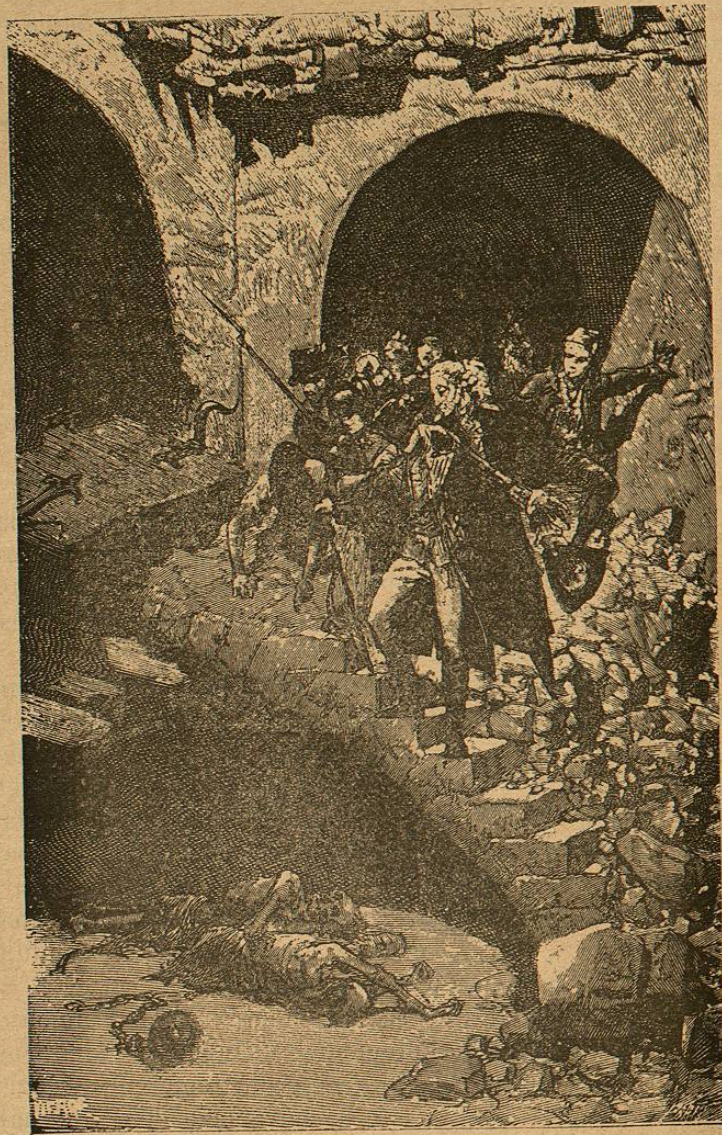
La gente confiaba en que se harían otros descubrimientos en la vieja prisión de los reyes. La humanidad ultrajada se vengaba, gozándose en aquel sentimiento mezcla de odio, de temor y de curiosidad...

Curiosidad insaciable que, nunca convencida de que lo había visto todo, buscaba y revolvió, quería penetrar más y más, creyendo encontrar á cada momento una cosa nueva; veía bajo las prisiones otras prisiones; debajo de los calabozos más calabozos, hasta lo más profundo de la tierra.

Las imaginaciones estaban verdaderamente enfermas de la sugestión de la Bastilla... Tantos siglos, tantas generaciones de prisioneros que allí se habían sucedido, tanto corazón desgarrado por la desesperación... ¿cómo no habían dejado huella? Apenas, apenas, una pobre ins-



cripción grabada con la uña, ilegible... ¡Obra cruel del tiempo, cómplice de la tiranía, puesto de acuerdo con ella para hacer desaparecer las víctimas!



Bajo una escalera fueron encontrados dos esqueletos... (Pág. 183)

La gente no podía ver más de lo que ya había visto, pero escuchaba... Se oían ruidos, gemidos, sollozos y suspiros extraños. ¿Era todo ello fantasía? Ciertamente; pero todo el mundo lo oía. ¿No era verosímil creer que algunos desgraciados estuvieran encerrados en el fondo de ca-

labozos secretos, sólo conocidos del arlo cuando le conviniese, teniendo distrito de la isla San Luis y otros a lida sobre la cabeza de Luis XVI. causa de aquellos dolorosos lamentos. Un hombre agradable; no tenía ción. Se hicieron averiguaciones y no muchos creían que antes había bado, inquieto, pensando en aquellos in de influencia. Esto no impi-vivos.

Y si aquellos ruidos misteriosos no eran la ocasión de mostrarse dían proceder de los enemigos? ¿No había bajo el ción subterránea desde la Bastilla á los subterrá de de Artois, encon- una á otra mina no podía hacerse pasar pólvora y este escribió al min- ay había tenido el propósito de hacer; volar la Bastia algo en los tu- aires, destruyendo el barrio de la libertad?

Se hicieron averiguaciones públicas, una informaci odioso com- auténtica para tranquilizar los espíritus. La imaginación popu inspirado á entonces su temeroso sueño á otro sitio. Colocó la mina y su ara la na- otro lado de París, en las canteras inmensas de donde han salido lta á la monumentos, en los abismos de donde fueron sacados el Louvre, Dame y otras iglesias.

En aquellos enormes subterráneos se reunían todos los muertos Su París durante mil años: una terrible multitud de esqueletos que iban por la noche en duelo pavoroso, con el clero á la cabeza, á buscar á los Inocentes á la Tombe-Issoire para darles el reposo definitivo y el olvido completo.

Estos muertos llamaban á los otros, y era todo ello señal cierta de que allí se preparaba un enorme volcán; la mina, desde el panteón al cielo, iba á hacer volar á todo París; y dejándole caer hecho añicos, confundiría destrozados, sin formas, los vivos con los muertos, los pedazos de carne palpitante con cadáveres y osamentas.

No eran necesarios estos terroríficos medios de exterminio; el hambre bastaba. Después de un año de sequía venía otro; el poco trigo que en las cercanías de París había crecido, fué pisoteado y comido por la numerosa caballería allí concentrada. Y aun sin esto, el trigo hubiera desaparecido. Se veía, se creía ver partidas armadas que durante la noche cortaban el trigo, verde aún. Foulon, á pesar de lo bien muerto que estaba, parecía vivir para realizar lo que había prometido: «Segar la Francia.» Segar el trigo verde, destruirlo en el segundo año de hambre, era lo mismo que segar los hombres.

El terror se iba extendiendo; los correos repetían estos rumores por donde pasaban; los llevaban cada día de un extremo á otro del reino. No habían visto á los bandoleros, pero conocían personas que los habían visto; se aproximaban, numerosos, armados hasta los dientes; llegarían probablemente aquella noche ó mañana sin falta. En tal lugar, en pleno día, habían arrasado los campos. El municipio de Soissons escribe aterrado á la Asamblea nacional pidiendo socorro; todo un ejército de bandidos marchaba aceleradamente sobre aquella ciudad. Se buscó á los



cripción grabada con la uña, ilegible...te alguna. Habían desaparecido en plice de la tiranía, puesto de acuerd  
las víctimas!



es que ante la horrible amenaza del  
dea de agregar un nuevo peligro que hace  
en la guerra de los cien años y que en los  
nuestro desventurado país un cementerio. Que-  
rancia. El hecho ha sido negado: ¿por qué? Es  
puesto que más tarde fué solicitado é intentado

se trataba no de traer su flota sobre una playa difícil,  
recursos, sino de establecerlos en una buena plaza de-  
ndo en sus manos el arsenal naval donde Francia durante  
a invertido sus millones y acumulado sus trabajos y sus  
El puente, la proa del gran navío nacional, convertido en  
cánico... Se trataba de entregar Brest.

Desde que Francia había ayudado á la libertad de América y divi-  
el imperio inglés, Inglaterra deseaba, no nuestra desgracia, sino  
stra ruina y completa destrucción; y la espera ahora, pues un tempe-  
oso desbordamiento parece inundar toda la tierra que hay desde Calais  
á los Vosgos, desde los Pirineos á los Alpes.

Entretanto hay que ver un hecho más hermoso que esta inundación;  
y es que esta mar nueva no es de agua salobre, sino de sangre de Fran-  
cia, sacada por ella misma de sus venas: ella misma se degollaba y  
arrancaba las entrañas.

El complot de Brest era un buen comienzo. Solamente podía te-  
merse que Inglaterra, al apoyar á los despreocupados que le vendían su  
país, uniera á toda Francia contra ella y reconciliara á todos en una in-  
dignación común...

Otra causa había bastado para detener al gobierno inglés, y fue  
que [en el primer momento Inglaterra, á pesar de su odio, sonreía á  
nuestra Revolución, cuya trascendencia no sospechaba. En aquel gran  
movimiento francés y europeo, que no era nada menos que el adveni-  
miento del derecho eterno, creía ver un trasunto de su pequeña revolución  
insular y egoísta del siglo XVIII. Aplaudía á Francia como una madre  
alienta á su pequeñuelo cuando quiere andar tras ella. ¡Extraña madre,  
que no sabe bien si desea que el niño ande ó que se rompa la cabeza de  
un golpe!

Inglaterra resiste la tentación de Brest. Fué virtuosa y denunció la  
trama á los ministros de Luis XVI, sin revelar el nombre de los compli-  
cados. En aquella semidenuncia encontró una inmensa ventaja; la de  
aumentar el desbarajuste en Francia, llevando al colmo la desconfianza  
y las sospechas, dando á la nación un arma terrible contra aquel débil  
gobierno, teniendo una especie de hipoteca contra él. Se sabía que no  
pretendería seriamente descubrir el complot, temiendo encontrar en la  
conjura á sus amigos y defensores. Y si no buscaba nada, si guardaba

el secreto, Inglaterra podía proclamarlo cuando le conviniese, teniendo  
siempre esta afrentosa espada suspendida sobre la cabeza de Luis XVI.

Dorset, el embajador inglés, era un hombre agradable; no tenía  
gran predicamento en Versalles; pero muchos creían que antes había  
gustado á la reina y había tenido sus días de influencia. Esto no impi-  
dió que después de la toma de la Bastilla, comprendiendo la grave-  
dad del golpe que había recibido, aprovechara la ocasión de mostrarse  
tan pesoso de ello como pudo.

Una carta, bastante equívoca, de Dorset al conde de Artois, encon-  
trada casualmente, hizo sospechar del embajador, y éste escribió al mi-  
nistro declarando falsas las acusaciones de haber influido algo en los tu-  
multos de París: «Lejos de esto, agregaba dulcemente, vuestra excelencia  
sabe bien el interés que he puesto en hacer conocer el odioso com-  
plot de Brest en los comienzos de Junio, el horror que había inspirado á  
mi corte y la seguridad de su adhesión sincera para el rey y para la na-  
ción...» Terminaba rogando al ministro que comunicara su carta á la  
Asamblea nacional.

Dicho de otro modo: le rogaba se pusiera la cuerda al cuello. Su  
carta del 26 de Julio demostraba que la corte había guardado el secreto  
durante dos meses, sin obrar y sin perseguir á los culpables, reservando  
aparentemente el complot como indicio de guerra civil, como arma últi-  
ma; era el *puñal de misericordia*, como se decía en la Edad Media; aquel  
puñal que el hombre guardaba siempre con objeto de que, vencido, con  
la espada rota, pudiera asesinar á su vencedor al pedirle gracia de la  
vida.

El ministro Montmorín, llevado por los ingleses á la Asamblea na-  
cional, no pudo dar más que una menguada explicación; que no cono-  
ciéndose el nombre de los culpables, no había podido perseguirlos. La  
Asamblea no insistió; pero el golpe estaba dado y no fué por ello menos  
profundo. Francia entera lo sintió.

La afirmación de Dorset, que hubiera podido ser creída falsa, una  
mentira que nuestros enemigos arrojaban para dañarnos, pareció con-  
firmada por la imprudencia de los oficiales de la guarnición de Brest,  
que al conocer la noticia de la toma de la Bastilla hicieron la demostra-  
ción de retirarse al castillo y la amenaza de tratar militarmente á la ciu-  
dad si el orden se alteraba.

La ciudad tomó las armas y se apoderó de la guardia del puerto.  
Los soldados y los marinos, trabajados en vano por los oficiales, que les  
daban dinero, se pusieron de parte del pueblo. El noble cuerpo de la  
Marina era demasiado aristócrata, pero seguramente nada afecto á los  
ingleses. A pesar de esto se sospechó de los marinos y de toda la noble-  
za de Bretaña. La Marina se indignó inútilmente é inútilmente protestó  
de su lealtad.

La irritación, llevada al colmo, hizo creer en los más negros com-  
plots. La larga obstinación de la nobleza en permanecer separada del